

BANDERA SOCIAL

Semanario Anárquico-Colectivista.

AÑO I

Madrid 22 de Febrero de 1885

NÚM. 2.

ADVERTENCIAS

Entendiendo que no aceptan el cambio con nuestro Semanario, desde el número próximo retiraremos el envío a los periódicos diarios que no nos hayan visitado.

Cuanto a los periódicos a quienes por ignorar su dirección no se lo hemos enviado, bastará nos remitan un número, y en seguida recibirán la BANDERA SOCIAL.

Nosotros, aunque enemigos irreconciliables de la prensa burguesa, sabemos lo que reclama la cortesía.

Este Semanario ha sido creado por el esfuerzo de los anárquico-colectivistas de esta localidad, ayudados por algunos otros compañeros de la Región, habiéndose nombrado una Comisión Administrativa y un Consejo de Redacción, con arreglo a lo que nuestros principios prescriben.

Los compañeros de la Comisión Administrativa se reúnen todos los miércoles a las ocho de la noche, y el Consejo de Redacción los jueves a la misma hora.

Los compañeros de toda la Región tienen perfecto derecho a pedir, ya personalmente o por medio de carta, cuantas aclaraciones juzguen oportunas respecto a la gestión de ambas comisiones, en la seguridad de que todas serán atendidas, ya en la sección del periódico destinada al efecto, o ya por carta particular cuando el asunto lo requiera.

Excitamos a todos los compañeros que amen la causa del Proletariado a que nos presten su ayuda material y nos ayuden con sus luces y sus consejos, a fin de poder dar feliz cima a la empresa que hemos acometido, fiados más en el concurso de todos que en nuestro escaso valer.

Todos los compañeros que presenten escritos pueden asistir a las sesiones que celebre el Consejo de Redacción, donde tienen voz y voto.

La dirección de toda correspondencia es: JOSÉ DIAZ, calle de Ministros, 21 y 23, segundo.

Se suplica a todos los compañeros que, aunque venga bajo el mismo sobre, procuren separar la correspondencia para llevarla con facilidad.

DOCTRINAL

FECHA CÉLEBRE

El 25 de Febrero de 1848, numerosos grupos de obreros presentábase ante el Gobierno provisional republicano de París, reclamando se enarbolase la bandera roja de la Revolución y manifestando su descontento por ver en el poder a republicanos de un día, relegando a los que habían luchado siempre; y además exigían más garantías, y dar al movimiento un carácter socialista; pero Lamartine y demás compañeros de Gobierno no cesaban de perorar, seduciendo con su fraseología a las masas, que, si no quedaban convencidas, a lo menos callaban.

Imensos grupos de partidarios de las ideas socialistas acudían a la casa de la ciudad, donde los defensores del gobierno les imposibilitaban la entrada, produciéndose continuamente gran confusión.

—Dejadnos hablar a ese Gobierno de hombres desconocidos y sospechosos al pueblo—decían entre la lucha de empujones para abrirse paso los partidarios de la república roja.—¿Quiénes son ellos? ¿Qué hacen? ¿Qué república nos urden? ¿Es esa república en que el rico continúa gozando y el pobre sufriendo, el fabricante explotando al hombre y condenándole al salario o al hambre? ¿Es esa república que, después de haber sido conquistada por nuestra sangre, se contentará con lavar el suelo para que rueden de nuevo sobre él los coches de la opulencia insultando los harapos del pueblo? ¿Es esa república

que disimulará los vicios de la sociedad en la cabeza y los castigará en los miembros; que no tendrá ni jueces, ni venganza; ni cadalso para los traidores; que se hará humana a expensas de la humanidad; que hará pacto con los tiranos, los clérigos, los nobles y los propietarios, y que nos devolverá, con otro nombre, todos los abusos, todos los privilegios, todas las iniquidades de la monarquía?

—No, no, continuaban—Esos hombres, que no han sufrido las mismas privaciones que nosotros, ¡destituyámosles, precipitémosles de su poder usurpado, sorprendido, robado en la oscuridad de una noche! ¡Queremos hacer la república del pueblo por el pueblo mismo! ¡Viva la bandera roja, símbolo de nuestra emancipación!...

Así se expresaban, entre el tumulto, muchos hombres de aquellos grupos que continuamente asediaban al Gobierno.

Muchas horas tuvo que combatir éste las peticiones populares. A veces le dirigían intimaciones por este estilo:

—Queremos que nos deis cuenta del tiempo que habéis empleado en contener o aplazar la Revolución... Queremos la bandera roja, signo de victoria para nosotros y de terror para nuestros enemigos... Queremos reinar sobre esa clase media, cómplice de todas las monarquías que le venden nuestros sudores; sobre esa clase media que explota el sistema monárquico en provecho suyo, pero que no sabe ni inspirar ni defender a los reyes. Queremos una Revolución que no pueda detenerse en su marcha ni retroceder jamás...

—¿Sois acaso los hombres de semejante Revolución?—añadían otros.—No; sois, como vuestros cómplices, girondinos de corazón, aristócratas de nacimiento, abogados de tribuna, con todos los vicios de la clase media, traidores y viles. Haced plaza a los verdaderos revolucionarios o comprometeos con ellos en las medidas que os pedimos. Servidnos como queremos ser servidos o guardados bien de nuestra cólera.

Y agitaban las armas con manifiesta ira.

El pueblo de 1848 comprendió esto, pero no se atrevió, no fué suficientemente fuerte para apoderarse de la situación. Por otra parte, la clase media había contribuido a la obra revolucionaria, y no le faltaban valiosos defensores y numerosas fuerzas para asegurar su dominio.

En fin, la bandera roja quedó abatida; lo que equivale a decir que la Revolución había muerto.

Los revolucionarios se dedicaron en seguida a la campaña de los clubs, a la propaganda de las ideas.

¡De este modo los Lamartine sojuzgaron al oprimido, defendiendo con toda la astucia y la fuerza a los opresores, a los que no necesitaban revoluciones para adquirir libertad y comodidades!... ¡Hipócritas! ¡Se divierten con el sufrir del esclavo!...

Empezaba otra vez el reinado de la reacción.

El general Cavaignac se hizo cargo del ministerio de la Guerra, y se instalaron en París y sus alrededores considerables fuerzas, prontas a la primera orden.

Para que el pueblo se amedrentase y los diputados se considerasen fuertes, el Gobierno republicano organizó para el 21 de Mayo una gran revista, donde pudieron contemplar el desfile de trescientas mil bayonetas y diez mil sables. Con la presencia de estas fuerzas frotáronse las manos con verdadero júbilo. Reconquistaban toda la fuerza de su autoridad.

Mientras tanto, Barbés y Blanqui, hombres de acción verdaderamente temibles para el Gobierno, eran arrestados, y expatriados muchos hombres notables.

La conducta del Gobierno irritaba tanto los ánimos de los trabajadores, que todas las noches se formaban numerosos cortillos en los boulevares murmurando contra el poder republicano, como en Febrero se murmuraba contra la monarquía de Luis Felipe. En una sola noche fueron arrestadas quinientas personas.

No pararon aquí las cosas, sino que, colocado el

Gobierno en esta pendiente, estudió la manera de acabar de una vez con todos los que no estaban conformes con su marcha.

Llamáronse a toda prisa los ejércitos que acampaban en las fronteras para que se colocasen cerca de París, dispuestos a la primera orden; y cuando ya todo estuvo combinado para librar la batalla contra los exaltados, sin miramiento ni consideración alguna, se decretó y se practicó en seguida la disolución de los talleres nacionales, dejando en un momento sin pan a más de cien mil obreros.

Con esta medida conseguían los reaccionarios economizar el escasísimo jornal que a aquellos obreros daban trabajando, y provocaban una rebelión que diese por resultado asesinar a miles de demagogos, como llaman siempre los poderes a los infelices trabajadores.

Así sucedió. La disolución de los talleres nacionales tuvo efecto el día 22 de Junio de 1848. Al verse aquellos obreros en medio de la calle, sin concebir siquiera dónde podrían ocuparse; al observar la crisis de trabajo que habían ocasionado los capitales con su retraimiento, la desesperación llegó a su colmo, y en grandes masas gritaban pidiendo pan o plomo.

Por la noche empezó la lucha del hambre, y plomo recibieron los obreros en enormes cantidades.

En muchísimas calles se levantaron barricadas, y se combatió desesperadamente.

Una vez la lucha empezada, llegó a temer el Gobierno y la clase media una derrota, a pesar de tener casi reunidas en París las fuerzas de toda la Francia, y le pareció que había ido demasiado lejos. ¡Tal era el ardor con que luchaban los desesperados obreros!

Una prueba del temor de la clase media fué el que ésta aceptó la lucha como clase amenazada en sus privilegios, y todo el mundo acudió a la pelea.

Varios ministros, entre los que no faltaba Lamartine, hicieron de guerreros, llevados de su odio a los proletarios, así como muchos representantes de la nación, industriales, propietarios, comerciantes, el mismo arzobispo de París, y Victor Hugo, el que tan acerbamente pintaba más tarde las matanzas hechas por Napoleón III, armaba a sus hijos, y desde la puerta de su casa disparaban contra los desdichados hambrientos!...

Más de cuatrocientos mil combatientes tomaron parte en aquella gigantesca batalla que duró cuatro días sin descanso, y en la que corrió la sangre de más de veinte mil hombres.

Por fin, restablecióse el orden en París a las últimas horas del 25 de Junio: ¡el orden que reina en los cementerios!...

Ya habían logrado los conservadores «dar la batalla general a los elementos perturbadores—como dijo Lamartine en pleno Consejo de ministros—no perdiendo el tiempo en luchas parciales.»

La Asamblea, en pago de tanto heroísmo, destituyó al Gobierno el mismo día 24, mientras se entregaba al combate, confiando todos los poderes al general Cavaignac.

¡Oh, ingratitude burguesa!...

Las prisiones de obreros que se hicieron después de las jornadas de Junio fueron en tan gran número, que llenaron los sótanos del panteón y de las Tullerías. Más de catorce mil obreros fueron deportados al Africa y a la Guyana francesa sin proceso ni sentencia. Durante muchos días se dedicaron a perseguir las blusas, lo mismo en el seno del hogar que en establecimientos públicos.

¡Ay del proletario que revelase el sufrimiento del hambre y de la miseria!...

¡Como perturbador del orden era conducido al Africa!...

Esto hicieron los republicanos del orden y de la libertad bien entendida.

¡Esto hizo la avarienta y explotadora burguesía!

Han pasado treinta y siete años desde aquellos tristes acontecimientos; en el horizonte político y social de todas las regiones se divisan densas nubes que presagian próxima tormenta revolucionaria.

¡Habrá aprendido los pueblos con las enseñanzas de la Historia? El tiempo lo dirá.

SEGUIR LA CORRIENTE

Existen en la sociedad un considerable número de seres para quienes todo lo que les sucede en el curso de su vida no tiene ninguna explicación, y que reciben con igual frialdad lo próspero y lo adverso, sin darse la menor cuenta del por qué de uno u otro extremo.

Estos seres, que á sí mismos se apellidan *despreocupados*, y que hacen gala ostensible de su ignorancia, cual si la ignorancia fuera una de las más preciadas virtudes, causan un gran perjuicio al resto de la humanidad, si se tiene en cuenta que son en extremo petulantes; pretendiendo pasar por sibilas y oráculos, hablan á menudo de todo aquello que menos entienden, llevando la desconfianza al que, creyéndolos unos profundos sabios, los escucha ó consulta.

La mayor parte de éstos, por desgracia, pertenecen á la clase trabajadora, que es precisamente la que más debía ocuparse de todas las cuestiones que en el seno del mundo se ventilan, pues todas, absolutamente todas, se hallan más ó menos relacionadas con su tranquilidad y bienestar presente y futuro.

Es cierto que las condiciones en que la clase trabajadora desenvuelve su vida en esta sociedad no son las más á propósito para que el obrero, que pasa trabajando doce, catorce ó dieciséis horas de un trabajo rudo y fatigoso, á que la *munificencia* de la clase media le tiene obligado, si quiere satisfacer en parte sus necesidades más apremiantes y las de su familia, pueda dedicar gran porción de tiempo al estudio de los grandes problemas sociales, robando estas horas al descanso, reparación de todo punto indispensable y necesaria, y sin la cual su existencia se consumiría lentamente.

Pero también es cierto, y hemos de confesarlo ingenuamente, que una gran parte de nuestras desventuras se debe, en lo general, á la apatía é indiferencia que hacia el estudio manifestamos, sirviendo en esto perfectamente á las miras de la clase media que nos ha rodeado de toda suerte de halagos, á fin de poder ella seguir haciendo su negocio á expensas de los que en un día de mediano placer olvidan por completo las angustias de muchos años de indecibles sufrimientos.

Pues bien; hemos llegado á una época en que es preciso que el trabajador, si quiere ser libre, si quiere sacudir de una vez para siempre el irritante agiotaje que sobre él ejercen las clases privilegiadas, se ocupe de labrar su dicha, siendo de todo punto imposible que pueda conseguirlo haciendo lo que hasta aquí, esto es, confiando sus intereses á manos profanas ó advenedizas, que ya se titulen liberales, ya se apelliden demócratas ó republicanos, nunca harán otra cosa que trabajar por su cuenta y para su provecho particular.

Desconfíen por completo los trabajadores de los que, como decimos al principio, quieren entender de todo, sin haberse cuidado nunca de nada; pues éstos, como habrán tenido ocasión de observar nuestros compañeros, no sirven sino para confundirlos ó exasperarlos, criticando todo pensamiento por noble que sea, toda aspiración justa y toda provechosa idea: confunden la teología con la filosofía; la metafísica con la química y la física; el individualismo con el socialismo; la religión con el ateísmo; y, por último, ciencias, artes, letras, historia y política, todo cae bajo su inconsciente y despiada crítica, sin que nada sepan resolver con acierto.

Mas cuando tropiezan con alguno más reflexivo, que ha aprovechado los momentos de ocio ocupándose de algo provechoso, y, por consecuencia, tiene criterio propio, que les sale al alcance de su incolora é insípida charla, suelen contestarle con mucho descaro: «Si, señor; el socialismo (del que no saben una palabra) sería una gran cosa; pero para que eso pudiera hacerse era menester reformar la humanidad; es necesario, pues, seguir la corriente...»

¡Seguir la corriente! ¿Saben ellos lo que quieren cuando eso dicen? Seguramente no.

Seguir la corriente significa que el obrero siga regando los campos con el sudor de su frente, para que el propietario goce, triunfe y se divierta en la ciudad, mientras el infeliz bracero perece de hambre.

¡Seguir la corriente! Esto es, respetar á todos esos farsantes que, en nombre de la religión, de la política y de la industria nos roban, en la verdadera acepción de la palabra, el fruto de nuestro trabajo, dándonos un trato sibarítico, mientras nosotros carecemos de lo más preciso: no; nosotros no podemos seguir la corriente sin que antes la limpiemos de los miasmas que la emponzoñan y corrompen.

Antes que podamos seguir la corriente es preciso se verifique un completísimo desagüe, para que sus aguas, al presente turbias y encenagadas, se

encuentren limpias y cristalinas; únicamente así, podremos lanzarnos sin reparo alguno á seguir la corriente.

CONTESTACION NECESARIA

A *La Epoca* no le ha sentado bien que *El Imparcial* diera la noticia de nuestra aparición en el estadio de la prensa, y aunque, embozadamente, le larga por tabla una intencionada filípica.

Pero *La Epoca* no se conforma con eso; sino que, aprovechándose de nuestra inocencia, quiere cogerlos de la mano para llevarnos hacia el camino de la fiscalía de imprenta.

A fin de evitar este lazo de la meliflua comadre, vamos á copiar lo que creemos copiable:

«Dos noticias que separadas hallamos en un periódico, deben, á nuestro parecer, reunirse y ponerse una enfrente de otra.

Una de ellas es que ha empezado á publicarse en esta corte la *BANDERA SOCIAL*, que viene á defender por medio de la prensa los principios anárquico-colectivistas.

Anárquico-colectivistas! Bien se ocha de ver que somos *legos* en la materia. Nosotros creemos que lo anárquico no admita apellido alguno, por lo mismo que no admite la anarquía, como su nombre lo declara, ninguna forma de gobierno ni principio alguno económico.

Pero vamos á la otra noticia, á la que debe colocarse enfrente á la publicación del periódico anárquico-colectivista.

Hea aquí:

Tiene razón *La Epoca* en su tercer párrafo al declararse *lego* en esta materia.

A pesar de su avanzada edad, se conoce que no ha empleado el tiempo sino en picardías.

Por eso publicamos *Nuestra profesión de fe* para que algunos colegas que, como *La Epoca*, no saben otra rutina que la inodora política conservadora, se enteraran, aunque sumariamente, de nuestros principios.

Pero se conoce que á *La Epoca* le falta de vista lo que le sobra de mala intención.

Respecto á la noticia que debe colocarse al frente de nuestra publicación, debemos decirle que nosotros sólo insertamos las que se relacionan con nuestros principios y con nuestros compañeros.

Sin embargo, por dar gusto al colega, no tenemos inconveniente en hacer lo que nos dice, siempre que ponga al frente de su número los siguientes aforismos: «No más deberes sin derechos», «El que quiera comer que trabaje»; y el siguiente axioma del inolvidable Proudhon: «La propriété est le vol.»

Dos palabras para concluir.

Nosotros entendemos que en una sociedad donde exista la caridad no puede haber armonía ni fraternidad y si odios y rencores; por eso, en su lugar, proclamamos la solidaridad.

Cuanto á la intención que pueda tener su último párrafo al hablar de «obreros honrados», se la devolvemos íntegra á *La Epoca*, no sin advertirle que nuestra honradez está tan alta y bien sentada, que es imposible pueda ni aun alcanzar á verla.

Nosotros, antes de poner las manos sobre el papel, nos vemos precisados á lavárnoslas, á fin de no mancharle.

¿Les sucede lo mismo á los redactores de *La Epoca*?

MISCELÁNEAS

La Crónica de los Trabajadores, que en nuestro primer número decíamos se hallaba procesada ha sido absuelta.

Hé aquí cómo ha dado la noticia un diario de la mañana:

«En la sección segunda de lo criminal de la Audiencia de Valladolid se celebró el viernes la vista del juicio oral contra don Indalecio Cuadrado, director del semanario publicado en la localidad, *La Crónica de los Trabajadores*, sobre supuesta infracción de la ley de imprenta. El fiscal pidió para el mismo la absolución libre y costas de oficio, para lo cual modificó sus conclusiones escritas.

La defensa de Cuadrado estaba á cargo del distinguido letrado Sr. Taladriz, quien, á pesar de pedirse para su patrocinio la absolución, pronunció un notable discurso. La concurrencia al acto numerosísima.»

Celebramos de todas veras tal desenlace.

Lo que tanto horror ha causado á la burguesía se ha dicho en pleno Parlamento español por un diputado de la mayoría, y ha sido frenéticamente aplaudida su frase.

El académico de la Española, el catedrático de la Universidad Central y diputado á Cortes, don Marcelino Menéndez Pelayo, dijo que la desamortización es un *inmenso latrocinio*.

Es decir, que la base de la propiedad de la clase media es un robo.

Pero esta vez no ha partido la frase de labios de

un obrero. Ha partido de labios de un hombre que pasa por eminentemente científico, y debe tener perfecto conocimiento de lo que es esa propiedad.

Los palacios en que viven hoy los potentados, los jardines y parques que poseen para su distracción, los cotos y cazaderos en que tanto se divierten esos señores, todo eso es un *inmenso latrocinio*.

Esto ha dicho y sostenido en un discurso el diputado de la mayoría conservadora.

Aprende, clase obrera, las verdades que encierra aquella lección que te dió un hombre de ciencia en la Cámara burguesa española.

Leemos en el último número de *El Grito del Pueblo*:

«Pero cuando la nación yace postrada; cuando el pueblo muere de hambre; cuando las fuerzas productoras del país, el comercio, las artes, la industria, están próximas á perecer por incompetencia de los gobiernos; cuando la miseria invade con todos sus horrores las nueve décimas partes de la sociedad española, no es hora de que el pueblo ria, sino de que acumule indignación y aprenda á conocer á los políticos de todos matices.»

Y á organizarse como clase trabajadora para mejor conseguir su emancipación social, caro colega.

Llamamos la atención de nuestros compañeros respecto de las importantes noticias recibidas de París insertas en el lugar correspondiente.

Si el funesto Thiers hubiera podido contemplar el espectáculo que, con motivo del entierro de Vallés, ha presenciado París, seguramente habríase convencido de que lo que él había pretendido aniquilar por cuantos medios sugiere una imaginación infame y calenturienta, retoña hoy con nuevos bríos y con indecible ardor.

Con motivo de la ocupación dada á los trabajadores de esta capital, dejan entrever algunos periódicos la posibilidad de que el Estado y el Ayuntamiento lleguen á encontrarse muy pronto sin fondos con que hacer frente á la necesidad que el sostenimiento de éstos origina.

A este efecto, se han escudriñado todos los medios de arbitrarlos, enumerando los diferentes conceptos que pueden proporcionarlos, sin que, á nuestro entender, se tenga verdadero interés en descubrirlos.

Aunque nosotros somos profanos en la ciencia—si ciencia es—que tan alta colocó la reputación de los Nécker y los Pitt, vamos á permitirnos indicar una idea que, de realizarse, seguramente colocaría mucho más alto el nombre del Sr. Cos-Gayón que el de los dos hacendistas suizo é inglés.

Toda la prensa conviene en que la situación es extraordinariamente extraordinaria.

Pues bien; á situación extraordinaria, remedios extraordinarios.

Y son éstos: abolición ilimitada del presupuesto del clero, que nos parece asciende á más de 200 millones de reales.

Abolición de las clases pasivas (no de las personalidades, sino de lo que cobran).

Licenciamiento del ejército, incluso, como es consiguiente, esa numerosa plana mayor, que ahora que hay paz con todo el mundo no sirve para nada de provecho.

Reducción á la décima parte del número de empleados, á fin de que los que queden tengan algo que hacer.

Y añadiendo á estas sencillas medidas el buen acierto económico que ha tenido el Ayuntamiento para presupuestar en una peseta setenta y cinco céntimos la cantidad con que un obrero puede atender á sus necesidades y á las de su familia, pagar esta misma cantidad á todos los dependientes del Estado.

De este modo, por más que nuestras luces políticas son escasas, creemos se conseguía nivelar los innivelables presupuestos, arbitrar recursos para salvar la crisis, y todo el mundo quedaba contento.

Y el que no...

¡Si lo dejaran arreglar á los anarquistas!

Decía el Sr. Moret en el Congreso, hablando sobre los sucesos de Badajoz, ocurridos estando el Sr. Sagasta en el poder.

Ahora que presido la información obrera y estoy más en contacto con el elemento trabajador, puedo afirmar que todo ese núcleo popular que era antes el nervio de las agitaciones, se compone de anarquistas y socialistas, es cierto, pero enemigos de todos los partidos políticos, incluso el que manda el Sr. Ruiz Zorrilla.

Está muy en lo cierto el Sr. Moret; la clase trabajadora no está afiliada á ningún partido político; ha dejado de ser ya carne de barricada para consagrarse por completo al estudio de la cuestión social, la que pretende resolver con su actividad, su energía y por su propio esfuerzo.

De *El Liberal*:

«Ha sido denunciado el último número del *Grito del Pueblo*, que reproducía el grabado sobre los sucesos de la Universidad, después de absuelto por el Tribunal. Es el colmo de la persecución.»

También han sido denunciados *El Motín*, *El Progreso* y *Verán ustedes!*

El día 17 del corriente celebraron un gran número de libre-pensadores de esta capital, entre los cuales asistió buena parte de la juventud escolar de esta Universidad, un banquete en memoria de Giordano Bruno, el célebre mártir y propagandista de la ciencia y de la libertad del pensamiento, que murió quemado en Roma por la intolerancia del papa y de la Iglesia católica, por sostener, entre otras hipótesis científicas, la pluralidad de mundos habitados.

Complemento de la libertad del pensamiento son las ideas anárquico-colectivistas como resultado de la crítica del principio de autoridad y del orden social económico actual, y, por tanto, mártires también del libre pensamiento y de la ciencia sociológica los anarquistas que la infame burguesía está asesinando en los patibulos y en las prisiones, y cuyos nombres circundará la aureola de la gloria, y gloria inmarcesible, cual la de Giordano Bruno.

Gloria y recuerdo eterno a los mártires del movimiento social obrero que entraña la regeneración social por medio de la emancipación de los trabajadores....

¡Vivan estos principios salvadores desarrollados en nuestro siglo para bien de la humanidad, y que son, indudablemente, la rehabilitación de la misma ciencia por el progreso, pues la ciencia no ha podido jamás dar el remedio a la miseria y a la ignorancia hasta que estos nuestros amados principios han aparecido por el desarrollo de las ideas!...

Por no recordamos qué obispo han sido excomulgados todos los lectores de *Las Dominicales del Libre Pensamiento*.

Esto debe ser un lapsus.

Porque indudablemente, alguien que huele a incienso debe haber sido lector del herético periódico para saber lo que contenía.

Y también ha sido excomulgado.

Aunque la figura no es muy retórica, esto se llama cogerse los dedos con la puerta.

Los hermanos Rothschild, de Francfort, han prestado estos días declaración de sus rentas para servir de base al impuesto per anu.

El barón Willy de Rothschild posee una renta anual de veintidós millones seiscientos mil reales, y el barón Mayer Kart Rothschild veintidós millones ochocientos mil, también de renta anual.

Y dice *El Imparcial*:

«Con qué tranquilidad esperarán la venida del Mesías!»

Y decimos nosotros:

Y la liquidación social.

Efecto a la precipitación con que se ha confeccionado el anterior número, se han deslizado algunos errores de concepto y tipográficos.

Procuraremos en lo sucesivo remediar estas faltas.

SISTEMA DE LA NATURALEZA

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

Hasta aquel momento nadie se había atrevido a medir sus fuerzas con las fuerzas ciegas y fanatizadas de la teocracia religiosa. Y los que tal habían osado ¡cuán caro lo han pagado! La teocracia perdona todo, todo, por criminal, por detestable que sea; pero no perdona, no perdonará nunca, al que, en aras de la civilización y del progreso, pretenda desmenujar la venda con que cubre a la generalidad de los que habitan este suelo, por ella tan desgraciado: la teocracia pactará siempre con el homicida, con el parricida, con el fratricida; establecerá precio para redimir los delitos y crímenes, pero perseguirá cruelmente, hasta la séptima generación, al que se atreva a levantar la frente; al que pretenda inquirir sus oscuros e incomprensibles misterios; al que combata, con poderosas razones y sobra de argumentos, lo fútil y erróneo de su abigarrada doctrina. Que el hombre sea moral, honrado, trabajador, celoso en el cumplimiento de sus deberes filiales, matrimoniales paternos y sociales, y dudo sólo por un momento de uno de esos puntos ortodoxos que constituyen su castillo de naipes, y será calumniado, perseguido, y, si pudiera ser, entregado a los más crueles tormentos: la teocracia no entiende ni comprende más virtudes sociales que las que ella enseña como artículo

de fe; el que más ciegamente las cree ó aparenta seguir; el que más muestras exteriores da de acatar sus ordenanzas y preceptos, aunque su conducta social sea incalificable, aquel es el mejor católico, y por consiguiente, el mejor hijo, el mejor esposo, el mejor padre y el mejor ciudadano; la teocracia no exige sino dos cosas: sumisión incondicional a todos sus absurdos, y dinero: cuanto más de este vil metal la entregueis, más facilidad encontraréis de alcanzar un buen puesto en el cielo: es una almoneda continua donde se cambia cielo por dinero.

Comprendido perfectamente todo esto por el ilustre escritor, se dedicó con todas sus fuerzas a combatir tan funesto error y desenmascarar a los que tan solapadamente viven del engaño y de la falsía.

Varias fueron las obras que escribió a este objeto, si bien algunas no han visto la luz pública; otras, que la han visto, publicadas en Inglaterra, y principalmente en Holanda, han sido atribuidas a otros escritores, puesto que la modestia del autor llegaba hasta el punto de hacerlas pasar como traducciones del alemán ó del inglés, y otras veces las firmaba con pseudónimos desconocidos hasta sus más íntimos.

Pero por muy importantes que hayan sido todas, entre las cuales las hay de química y botánica, ninguna ha herido tan de frente y a fondo a la superstición deísta, ni, por tanto, causado mayor beneficio al progreso como la que nos ocupa.

Bastaría a apoyar nuestra opinión las innumerables refutaciones de que fué objeto. Los mejores escritores de la escuela deísta se declararon en su contra, apelando al socorrido arsenal de la teología, sin escasear los subterfugios, sofismas y argucias, puesto que de otra suerte les era imposible refutar lo que tenía por asiento la razón.

Bergier, Denesle, Castillon, Duvoisin, Holland, Rochefort (Guillaume de), Saint-Martin y hasta Federico II, de Prusia, que tanto entusiasmo había mostrado por ayudar al desarrollo de la escuela filosófica, fueron los que con más empeño combatieron el *Sistema de la Naturaleza*.

Y para que no faltara nada, el mismo Voltaire creyóse obligado a secundar las ideas de Federico II, ya fuera por compromisos personales, ó por otras causas que no es de este momento explicar, en su *Diccionario filosófico*, publicando dos artículos en contra, titulados *Dieu* y *Style*. Es verdad que cuando Voltaire fué a París, en 1778, trató de disculparse con Holbach diciéndole «que hacía mucho tiempo le conocía por su reputación y que deseaba ardientemente cultivar su amistad.»

Para terminar, diremos que el gobierno de aquellos tiempos, asustado por las grandes verdades contenidas en el *Sistema de la Naturaleza*, llevó este asunto al Parlamento. Alarmada la clerigalla, que creyó ver en ella el último día de su innoble dominio, hubo de promover tal algarada, que el Parlamento, pensando conseguir algo de esta suerte, la condenó, en unión de la *Historia natural de la superstición* y algunas otras obras del mismo autor, a ser entregada a las llamas al pie de la gran escalera del palacio.

Este inícuo decreto fué expedido con fecha 18 de Agosto de 1770.

Sin embargo, la providencia de los libros, que debe tener a éstos mucho cariño, y que, según se ve, vela por su conservación más que la otra sujeta por el bienestar de sus hijos, nos ha reservado este ejemplar a fin de que nuestros compañeros puedan saborear con deleite los fundamentales argumentos en que el autor se apoya para demostrar que no hay otra religión que la ciencia, ni otra divinidad que la naturaleza, nuestra madre común.

FIN DEL PRÓLOGO DEL TRADUCTOR.

(Continuará.)

TRIBUNA DEL TRABAJO

A LOS SOMBREREROS, FULISTAS Y PLANCHADORES.

Compañeros: Deber es de los obreros que tienen dignidad y anhelan emanciparse, por lo tanto, abriendo brecha sin cesar en el capital explotador, asociarse con tales fines y permanecer además fieles y constantes en estos principios salvadores, de los que han de surgir al propio tiempo procedimientos cada vez más activos, cada vez más energéticos y agitadores, a fin de acelerar en lo posible el ansiado momento de la definitiva y última, aunque terrible batalla.

Por tanto, vosotros, compañeros, que ya habéis pertenecido a la organización y que, ora por indiferencias nunca justificadas, ó bien por ilógicas impaciencias, habéis desertado, digámoslo así, de las estrechas filas, si bien conserváis inclume en vuestro pecho el fuego sagrado del amor a la justicia y a la Revolución social, su propio vehículo, no dejaréis al presente, que veis ya desplegada al viento la arrollada bandera, de apresura-

ros a venir a cobijaros bajo su grandioso oriflama, que no es otro que el de la emancipación de la clase trabajadora, a la cual todos pertenecemos, siendo al propio tiempo la de toda la humanidad.

Esperamos de vuestro sano criterio que no desoiréis nuestra llamada, convencidos de lo mucho que a todos nos conviene, convencidos además, de que nuestra regeneración social, obra nuestra debe ser exclusiva y apasionadamente, puesto que lo exige el derecho, puesto que la razón lo sanciona, y así la razón y la pasión unidas mantendrán ambas convicciones y el criterio que nos anima y alienta, no sólo por la fría y serena conciencia, sino también por medio del ardor del sentimiento que vigorice y excite el entusiasmo generador de prodigios y victorias de éxito duradero y cuajado de trascendentales consecuencias para el porvenir....

No sólo se dirige nuestra voz, la voz del compañerismo que excitada es por los propios intereses que nos unen a los de dentro de Madrid, sino también a los de fuera, para que os organicéis cuanto antes, y formando las Secciones del oficio, podamos venir, cual lo deseamos vivamente, a un acuerdo común.

Salud y emancipación.

La comisión reorganizadora.

REVISTA INTERNACIONAL

FRANCIA

CARTA DE PARÍS

París 16 de Febrero.

Queridos compañeros: ¡Gran día para la Revolución el que acaba de espirar!

Desde que se conoció el estado gravísimo de Valles eran innumerables los compañeros que de día, de noche, a todas horas, acudían a su humilde morada a averiguar el estado del enfermo.

Veíase entre éstos a aquellos valientes guardias nacionales que con tanto ardor y entusiasmo defendieron la causa de la *Commune* en París, y que habían logrado sobrevivir a las balas de los versalleses y a la deportación.

Por fin llegó ayer 15, y como por encanto circuló la noticia del fallecimiento de Jules Vallés.

Excusa deciros hasta qué punto sería numerosa la concurrencia apiñada a la puerta de su casa para adquirir la certeza de tan infausta nueva.

En algunos momentos era tan inmensa la multitud, que se obstruía la vía pública.

Pero todo esto fué un pálido reflejo comparado con lo que hoy ha acontecido.

Figurábame, dadas las simpatías de que gozaba Vallés, que el acompañamiento sería numeroso; mas nunca llegué a creer llegar hasta tal punto.

En el camino que hemos recorrido hasta llegar al Père Lachaise he tenido ocasión de conversar con algunos que han asistido al entierro de Victor Noir, Thiers y Gambetta, y todos están conformes en que éste ha superado a todos.

El boulevard Saint-Michel era pequeño a contener una multitud tan compacta. Calculase en más de 120.000 el número de los asistentes.

Poco más de la una sería cuando el féretro, conducido en el carro de la pobreza, se puso en marcha.

Sobre la caja se había colocado la faja que usaban todos los individuos que pertenecieron a la *Commune*.

Además de las innumerables banderas, todas rojas, y en las cuales se leía «Vive la Commune», que habían acudido desde el principio, no cesaron de agruparse en el trayecto otras nuevas, hasta llegar a formar un total considerable.

La aparición de cada una de éstas era saludada con entusiasmos vivos a la *Commune* y a la Revolución social.

Por último, una explosión de vivas a la anarquía y a la Revolución social saludó la aparición de un grupo que, con una bandera negra, en cuyo centro iba inscrito este lema «Vive la Revolución social», se asoció a la manifestación.

También concurrió la colonia alemana. Respecto a este punto he de decir que la prensa burguesa ha pretendido dar un alcance que no tiene a una pequeña confusión que se produjo, hija, según después me he enterado, de una equivocación.

Pero bien pronto se ha deshecho el error, y los obreros alemanes han engrosado las filas de los manifestantes, mediando entre unos y otros saludos de fraternidad y cariño.

Los alemanes eran portadores de una preciosa corona de siemprevivas, ó *immortelles*, como aquí se dice.

En el trayecto se han dado algunos, aunque no con exceso, vivas a Rochefort y a varios miembros de la *Commune*.

Mi proyecto era poder alcanzar la entrada en el cementerio; pero esto me ha sido imposible, pues para dar acceso a todos los manifestantes hubiera sido menester no sé cuántos cementerios.

El espectáculo, sin embargo, era sorprendente.

Los que, como yo, no pudieron entrar, acompañaban desde fuera a los que dentro, y cada vez que terminaba un orador, gritaban «¡viva la Commune! ¡viva la Internacional! ¡viva la Revolución social!»

Estos han sido los gritos que por espacio de bastante tiempo han resonado en el espacio, lanzados por más de 120.000 bocas, de todas clases, edades y sexos.

Ayer se habían propagado rumores siniestros respecto a la actitud del Gobierno, no faltando quien anunciara que se proponía impedir a todo trance la manifestación, bajo el especioso pretexto de que ésta iba a interrumpir la vía pública.

Pero esto no ha desanimado a nadie, y si acaso a muy pocos.

Es cierto que las tropas burguesas han permanecido en los cuarteles y preparadas a todo evento.

Pero nada más.

Hasta los polizontes han vestido de paisano, procurando ocultar los fajines correspondientes a su clase mientras pasaba la manifestación.

A propósito de los polizontes, me han dicho que uno se per-

mitió lanzar algunas frases groseras hacia los manifestantes, el cual tuvo que apelar a la fuga seguido de las voces de *scélérat, canaille*.

La burguesía está de pesame.

No ha faltado burgues que, asustado ante lo imponente de la manifestación, ha pretendido cerrar las puertas de sus tiendas. Pero creo que si esto se hubiese realizado, lo que empezó pacífico hubiera tenido un desenlace trágico.

La lección ha sido severa, pues éstos han tenido ocasión de convencerse que los anarquistas de París no son un pequeño puñado, una familia, un barrio, sino todos los que viven bajo el ferreo yugo de la explotación.

Para el 18 de Marzo se prepara otra manifestación, que mucho me temo no ha de ser tan pacífica como ésta.

De la prudencia del Gobierno pende la solución.

¡Bravisimo, pueblo de París!

La manifestación que acabas de llevar a cabo te hace digno de figurar como siempre a la cabeza del Progreso y de la Revolución.

¡Llor a vosotros, hermanos de París!

Que aprenda tu burguesía, que aprenda la del mundo entero, que pensaba haberte humillado y deshecho en la horrible hecatombe, la *Commune*.

Y áti pueblo alemán, que comprendiendo lo que vale la solidaridad entre todos los pueblos de la tierra, tienes tus brazos al pueblo francés.

¡Llor y vitores también!

BÉLGICA

Tres mil obreros de las minas de carbón de Mons, en Bruselas, se han declarado en huelga.

INGLATERRA

En Londres se ha verificado una manifestación obrera pidiendo pan y trabajo.

Los manifestantes que, según un despacho, llegarían a 40.000, acogieron con silbidos a los miembros del ministerio.

Las noticias de Irlanda traen preocupado al Gobierno inglés, esperando de un momento a otro una insurrección formidable.

PENSAMIENTOS DE UN PROLETARIO

LA IGUALDAD DE LA INFANCIA

Solución pacífica del problema del pauperismo.

(Trabajo no premiado en el concurso Persaire.)

El deseo de hacer iguales a todos los hombres, en cuanto a los medios de desarrollar su inteligencia, es decir, de ponerlos en condición de gozar de todos los beneficios sociales y ser por tanto útiles a la colectividad, nos ha sido dejado como un legado por nuestros antepasados.

Pero hasta hoy, siguiendo su conducta y su ejemplo, hemos olvidado que el progreso no será un verdadero progreso sino cuando reinen la verdadera fraternidad e igualdad; y esto no tendrá lugar hasta tanto que todos, desde la infancia, podamos adquirir los mismos medios de desarrollo físico y moral. La igualdad y la fraternidad, sin esto que dejamos apuntado, será una vana fórmula; y el pauperismo continuará reinando como hasta el presente.

Si la Revolución francesa, al consagrar los grandes principios que debían extirparse, no ha sabido encontrar los medios prácticos para realizar esta gran obra.

A nosotros, pues, hijos de la Revolución, es a quien corresponde corregir su obra y completarla: a nosotros está reservado el proclamar la igualdad de la infancia; a nosotros, en fin, cumple el procurar la verdadera instrucción integral.

Arrojemos a la juventud en ese crisol en el cual el espíritu humano ha de tomar su forma definitiva, y veremos salir hombres fuertes, amantes del trabajo, sin otro norte que el amor por el arte y por las ciencias, y cuyas aspiraciones tenderán sin cesar hacia el progreso, sin otras divergencias que las que hace sufrir a todo organismo la inexorable ley de la herencia.

II.

A fin de evitar todo equívoco, voy a explicar con perfecta claridad lo que entiendo por *verdadera igualdad de la infancia*.

Primero. Todo niño, desde su nacimiento, debe encontrarse en condiciones propicias a su desenvolvimiento físico e intelectual.

Segundo. Desde el momento en que los niños hayan llegado a la edad en que puedan ingresar en el colegio, se les facilitará los mismos medios de instrucción.

Tercero. Esta instrucción debe tener como primordial objeto hacer que todo hombre se encuentre capaz de utilizar su aptitud en provecho suyo y de sus semejantes; por consecuencia, debe ser completa para todos los niños, así para el hijo del último barrendero como para el del más encopetado hombre de Estado.

Esto expuesto, la *igualdad de la infancia* significa el derecho que cada niño tiene, una vez venido al mundo, a la instrucción y a la educación física, espiritual y sobre todo íntegra, a fin de que, al llegar a la mayor edad, se encuentre en plena posesión de todas sus facultades íntegramente desenvueltas y acondicionadas, por tanto, a un trabajo productivo.

Es evidente que cuando todos hayan recibido seme-

jante educación, el pauperismo será una quimera. El hombre entrará en la vida social con conocimientos elementales de todas las ciencias, adquiridos técnicamente en las escuelas integrales. La elección de su trabajo será determinada por su gusto, su capacidad y su inclinación individual.

Gracias a esto, su trabajo será bastante productivo para cubrir no sólo sus necesidades, sino para poder ayudar a la felicidad de toda la humanidad. El menor tiempo que en éste emplee le dejará lugar a instruirse y cultivar su ilustración con las grandes obras de nuestros escritores, sin que cualquiera haya sido el arte a que se dedique, deje de beneficiarle esta cultura intelectual.

Resumiendo: he aquí las ventajas que proporcionará la *igualdad de la infancia* al hombre:

Encontrarse en posesión de un trabajo productivo, elegido a su gusto y con conocimiento de causa, con plena conciencia del beneficio que puede reportar a sus intereses personales y a los intereses comunes; tener la facilidad de contribuir a las mejoras progresivas de este trabajo predilecto; pasar una vida en la cual el cuerpo y el espíritu, estos dos elementos de toda existencia humana, marchen perfectamente equilibrados; y por último, poder, como ser inteligente, intervenir en todos los asuntos de la vida social, contribuyendo con su óbolo a que se propague y difunda por toda la tierra el espíritu de solidaridad que ha de libertarnos del yugo de la explotación presente y ponernos en condiciones de practicar el bien común.

(Continuara.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

LAS TRANSFORMACIONES DE LA MATERIA

EN EL

GRAN LABORATORIO DE LA NATURALEZA

I.

La Naturaleza es un inmenso laboratorio donde tienen lugar las más variadas y complicadas acciones físicas y químicas, por las cuales se transforma continuamente la materia y cambia de forma, en cuyo movimiento incesante consiste la vida universal, desde los seres mas inferiores, los minerales, en los que se descubre cierta actividad, un rudimento de vida, hasta los vegetales y animales, en los cuales aparece con todos sus caracteres.

En estos cambios continuos y perpetuos no se pierde ni un átomo siquiera de materia; la misma cantidad existe desde el primer periodo del mundo, desde el más remoto que podamos imaginar, que en cualquier momento del mismo; lo cual ya lo dijo el fundador de la química, el gran Lavoisier, cuando aseguró que en la Naturaleza nada se pierde ni nada nuevo se crea. Pasan los átomos del reino mineral al vegetal, de éste al animal y de ambos vuelven otra vez al mineral. Se concibe que en teoría pudiera representarse, por medio de una gran ecuación química, el estado de los cuerpos en el principio del mundo (si es que podemos comprender este principio), y el estado en cualquier momento de su existencia; pero ecuación variable a cada instante, porque varían las reacciones y la materia no cesa en su movimiento; y si cesase, entonces sería el fin de toda vida y toda existencia.

Al ocuparme de las transformaciones de la materia, lo haré a grandes rasgos, tratando únicamente de las acciones que tienen lugar en el planeta que habitamos, en este átomo del Universo, que átomo es si se le compara con los miles de átomos que ruedan en el espacio. Así es que no trataré de las primeras transformaciones que dieron origen a la tierra, ni discutiré si procede o no de una gran nebulosa en ignición que se dividió en pedruzcos candentes, adquiriendo más tarde las condiciones de planetas habitables; tampoco entraré en indagaciones sobre el primitivo origen de los seres vivientes, de cómo y cuándo se formaron las primeras células orgánicas, y, por último, tampoco hablaré de esa gran hipótesis sobre la evolución de los seres, que hoy se agita en el campo de la ciencia.

Mi propósito es más modesto, pues sólo pienso tratar de las transformaciones que pasan a nuestra vista, de los hechos que podemos observar y estudiar sin necesidad de hipótesis ni suposiciones.

II.

Empezaré por el reino mineral, en el cual tienen lugar las más variadas reacciones químicas y cambios de la materia sin salir de la categoría de inorgánica. Con sólo considerar el calorico central que aumenta con la profundidad, llegando, según los cálculos hechos, a doscientos mil grados, se comprenden las numerosas reacciones que sufrirán los cuerpos minerales, pues dicha temperatura es capaz de fundir y gasificar todos los cuerpos conocidos.

Las diversas materias arrojadas por los volcanes bajo la forma de densos humos y candente lava, nos pueden dar una idea de las variadas combinaciones y descomposiciones según la profundidad, y por lo tanto según la temperatura, siendo por esta razón muy variable, puesto que es ley química que se formen aquellos cuerpos más estables a la temperatura y condiciones a que se hallen sometidos.

(Continuara.)

MOVIMIENTO OBRERO

Salamanca.—Escriben de esta localidad manifestando que se están haciendo por los obreros de aquella localidad los trabajos necesarios para constituirse en asociación.

Nos alegraremos de que los compañeros sigan en sus trabajos, y lleguen a conseguirlo, pues es el único medio de que puedan conseguir sacudir el duro yugo de la explotación.

EFEMÉRIDES DE LA SEMANA

22 Domingo, 1872.—Son fusilados en el campo de Satory (París) los comunistas Verdaguier, Herpin-Lacroix y Lefrange, mártires de la Revolución.

23 Lunes, 1848.—El pueblo de París se levanta contra el gobierno de Luis Felipe de Orleans.

24 Martes, 1874.—Muere José Anselmo Clavé, fundador de las sociedades corales en Cataluña.

25 Miércoles, 1848.—Proclamación de la República en Francia.

26 Jueves, 1802.—Nace en Besangon (Francia) el célebre poeta Victor Hugo.

27 Viernes, 1823.—Nace Ernesto Renan, autor de la obra titulada *Vida de Jesús*, excomulgada en varias Regiones y anatematizada por el clero en general.

28 Sábado, 1794.—Herschel descubre el sexto satélite del planeta Urano.

SECCION DE ANUNCIOS

LA CUESTION SOCIAL

REVISTA DE LAS IDEAS SOCIALISTAS Y DEL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO DE AMBOS MUNDOS.

Se publica en París el día 10 de cada mes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Francia, Alsacia-Lorena, Suiza y Bélgica, 3 pesetas.—Unión postal (España), 4 pesetas.

Número suelto, en España, 25 céntimos de peseta, más el exceso de franqueo.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN

En Francia, en su Administración y Redacción, Rue Monge, núm. 52, París.

En España, en Barcelona, dirigiendo el importe de la suscripción a T. Amich Murtra, San Pablo, 78, 4.º 2.º

LE REVOLTE

Se publica en Ginebra (Suiza) el 1.º y 15 de cada mes.

Precios de suscripción en España: un año, 5.30 pesetas; seis meses, 2.65; trimestre, 1.35; número suelto 13 céntimos.

Administración: Rue des Grottes, 24, Gineve.

En Barcelona dirigirse a T. Amich Murtra, San Pablo, 78, 4.º, 2.º, Barcelona.

EL SALARIO

POR ENRIQUE BORREL

Memoria leída el día 27 de Noviembre de 1884 en el Ateneo de Madrid, en contestación al grupo XI del Cuestionario de la Comisión para las cuestiones que interesan o mejoran el bienestar de las clases trabajadoras.

PRECIO UNA PESETA

Para los obreros que la pidan por medio de cualquier Sociedad de trabajadores, media peseta.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigirán a la Administración de este Semanario, Ministeriales, 21 y 23, Madrid, a nombre de José Díaz.

BANDERA SOCIAL

SEMANARIO ANÁRQUICO-COLECTIVISTA

CONDICIONES DE LA PUBLICACION

La BANDERA SOCIAL saldrá todos los domingos, al precio de 5 céntimos número suelto; paquete de 30 números, una peseta; un trimestre, una peseta en toda la región española, y para las demás regiones al mismo precio, más el exceso de franqueo.

El Consejo de Redacción dará cuenta de las obras y folletos que le remitan.

Los documentos, comunicaciones y escritos de interés social que sean enviados por conducto de los obreros se publicarán gratis, como igualmente los que versen sobre hechos que los mismos garanticen bajo su firma. No se devuelven los originales.

Las suscripciones se pagarán en sellos de franqueo o letras de fácil cobro.

En Barcelona dirigirse a T. Amich Murtra, San Pablo, 78, 4.º, 2.º

MADRID

IMPRENTA DE FERNANDO CAO Y DOMINGO DE VAL
Platería de Martínez, núm. 1

